



AMOR DE MIS AMORES

Por Eugenio Aguirre

El canto de Martín duró muchos días, tantos que los hombres tuvieron tiempo de levantar la cosecha de temporal, rozar y preparar el barbecho para la siembra de otoño. Canto que asustó a los cuervos, a las mujeres y a los niños. Al mismo cura de Toluatlán.

¡Quebró los espejos!

El de Lucía primero; después el del salón de estar. Más adelante y de un solo crujidero los que tenía para adivinar las suertes y los huesos de los animales la *Señora Curandera*.

Espejos de mercurio, de plata, de bisel gordo y delgado; con reflejo para los humanos, sin él para los difuntos muertos sin pie de justicia. Duros como el hierro; suaves y cantarinos para festejar los nacimientos; dulces para amasar el pan enfrente de ellos y, con el vaho, untarse el cutis, pulirse la dentadura; amargos y profundos para poder ver los ojos de gato del *Siniestro*, sus conjuras, el negro aleteo de sus ángeles irredentos, a sus mancebas torturadas por miles de serpientes.

¡Espejos!

Sólo quedó sano y salvo el del propio Martín de la Higuera. Aquél en el que se peinaba y revisaba la herida todos los días, a cualquier hora, menos al amanecer, cuando, decían, había recibido la bala

que le había arrancado el corazón de cuajo.

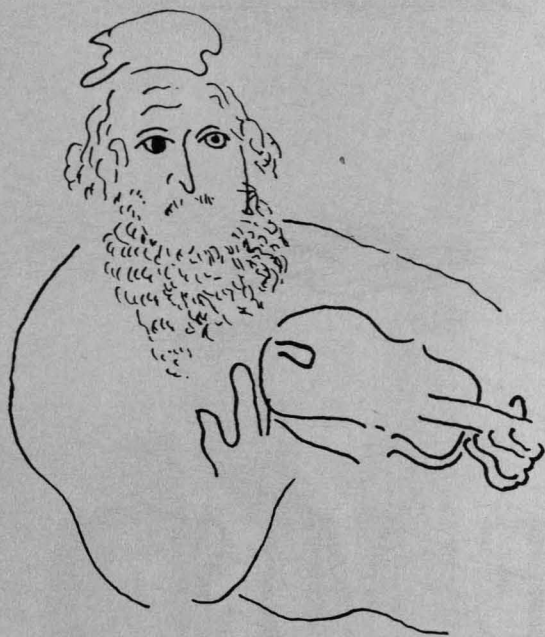
Menos a esas horas húmedas con la saliva de los cenizales, mojadas con las lágrimas de la paloma torcaz que Lucía guardaba en una jaula que colgaba de una viga situada más allá del corredor principal, exactamente debajo del balcón de forja antigua donde su madre, doña Agustina, había recibido la primera serenata de don Sebastián; porque a esas horas Martín de la Higuera cabalgaba endemoniado en busca de su querencia.

Animal de presa, Martín acechaba desde su camastro los tenues murmullos que hacía el frío al ir calentándose con los anuncios del sol, para abandonar la vigilia de la muerte y lanzarse en pos de la rigidez cadavérica del día. Tronadero de campechanas asoladas por el gato pinto escuchaba el susodicho Martín cuando las flores del patio se abrían para bañarse con el rocío y los gallos iniciaban su canto traicionero.

—¡Es hora! —exclamaba y descubría su cuerpo desnudo bajo las cobijas, cuerpo acostumbrado a ver correr su sangre helada aun bajo la canícula, aun entre los vapores del agua hirviente en la que se lavaba.

¡Espejo!

El que ya no la veía porque se había ido lejos,



después del cerro azul, después de las trancas de los potreros de los ejidatarios, y había llegado al pueblo de Tula, al callejón de los suspiros, a la casa de la niña Soledad, y ahí comenzaba todo de nuevo.

Los hermanos de Soledad de la Rosa salían a recibirlo. Mal talante, palabras atravesadas con puñales negativos. Imprecaciones para su origen campesino, para el insuficiente capital de su padre, de ese señor de la Higuera salido de no se sabía dónde; de ese fulano sin estirpe ni gloria que dotar para reclamar la mano de *doña* Soledad de la Rosa.

“Así es que largo de aquí, pelafustán” —vociferaban los hidalgos. “Fuera, fuera. Que no te volvamos a ver rondar la casa, porque. . .” y la amenaza rodaba por el callejón, se trepaba a las paredes de la casa solariega, teñía los ríos de sangre. . .

. . . y no acababa de cuagularse, cuando ya don Roque de la Rosa asomaba su barbada jeta y, entre hipidos de coraje, soltaba “¡Que te he de arrancar el corazón!”

Todo de nuevo.

Para Martín de la Higuera la novedad de la aventura única, aquella en que dejó la vida en manos de unos señoritos envilecidos: los de la Rosa.

Simula que se retira; que ha entendido perfectamente bien que él no tiene acceso ni a la belleza ni a la fortuna de la niña Soledad; mas sólo simula, porque el demonio se le ha metido en las venas.

Lo ha visto atisbar tras las cortinas de una pieza de la planta alta. Rubia, con el rostro cerúleo y los labios carminados, el diablo de la concupiscencia le ha mirado con destellos de zafiro y sonrisa enigmática que augura batallas de amor en campo de gules. Invitación.

Que cualquier hombre cabal y con las vergüenzas bien plantadas debe aceptar, más si se es mozo bien nacido, viril y con alguna experiencia en aquello de subir escalas sobre muros almenados o retorcer almidones y destrabar ballenas u otras guarniciones, con la venia de o a pesar de las protestas y gemidos de la mujer asediada.

Así, cada madrugada la casona que cierra el *callejón de los suspiros*, propiedad de don Roque de la Rosa, se ve profanada en su seno, asaltada por un tal Martín de la Higuera, quien, después de sujetar a su yegua azabache, trepa por el tronco de un encino, se desliza por la rama más robusta y cae en el interior de una récamara cuyas ventanas le han sido franqueadas previamente. Y no es la primera vez.

No, qué va. La relación es antigua, vieja de hace tres meses. Desde la tarde en que la niña Soledad paseó por la ribera del río Tula, pequeño afluente del Lerma, y un joven jinete le arrojó un ramillete de flores a los pies, a la vez que le decía: “A la Virgen misma no le amaría con tanto fervor.” Tres meses de galanteos que culminaron con la seducción total.

Porque si alguien había de sucumbir plenamente a los halagos y mimos de su amado, ella era Soledad de la Rosa. Nada de regateos, de mojigaterías. La niña había aprendido con la velocidad del genio y había inventado lo suyo con la sutileza de un artista. Poco era lo que le quedaba por experimentar la madrugada en que sucedió la tragedia.

Estaban en aquello de que tú por arriba y yo por debajo y después nos damos la vuelta y unimos nuestras lenguas, cundo la puerta de roble que custodiaba las habitaciones de la niña se vio derribada por el esfuerzo de seis hombres y dos ganapanes de la servidumbre de los de la Rosa. Las teas incendiaron la récamara violentando su inocencia y alumbraron la escena alucinante que estuvo a punto de dejar ciego al asombrado don Roque.

Cuchillos, pistolas y escopetas brillaron colmillos de las sombras y se afilaron sobre las siluetas de los amantes. El rugido de la pólvora destrozó el pecho del joven Martín, la siega de los puñales cercenó el cuello de la ingrata Soledad.

Cabeza y corazón rodaron simultáneamente, cayeron al barro de la callejuela y fueron a quedar varados bajo los cascos de la montura de Martín. Entonces sucedió lo insólito: ¡La boca de la niña ultrajada se enardeció con palabras amorosas y la de Martín le respondió con un canto inextinguible! ♦